

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector

Queridas amigas y queridos amigos ,colegas, compañeras y compañeros

Soy una persona a la que siempre ha interesado especialmente conocer el sentido y el significado de las cosas, de los hechos, de los acontecimientos, de los nombres, de los quehaceres. Seguramente por eso la lengua árabe ha constituido siempre para mí, y sigue constituyendo, un objeto de estudio, de aprendizaje, de encanto y de reflexión inagotable.

Porque es una lengua en las que las potencialidades semánticas y metafóricas adquieren dimensiones extensas y sorprendentes. Y a partir de la lengua, indudablemente, todo lo que está relacionado con la realidad humana que ha tenido y sigue teniéndola todavía como expresión identitaria primera y principal.

Quiero decir que a mí me ha preocupado mucho siempre saber en qué consistía mi quehacer, mi profesión; saber qué podía ser eso del arabismo, saber qué significaba ser arabista y qué sentido, sentidos, tiene. Pasó bastante tiempo, naturalmente hasta que fui consciente de que esa preocupación me ha acompañado siempre, resulta inseparable de mi labor y actividad, las caracteriza y explica. Pasé bastantes años sin advertirlo. No puedo precisar cuándo se me reveló con claridad, y en realidad tampoco me interesa demasiado, ni mucho menos me obsesiona, averiguarlo. Es posible que fuera cristalizando a lo largo de la década de los setenta, y quizá comenzara en Sevilla.

Porque en Sevilla, entre otras muchas cosas que me ocurrieron – aunque permaneciera allí solamente un curso académico- comencé a rememorar y a sentir de nuevo vivencias muy hondas y entrañables, incomparables, de mi infancia andaluza y de mi prolongada estancia en el Próximo Oriente – entiéndase sobre todo y preeminentemente Egipto, El Cairo- de cinco años y medio, entre comienzos de 1957 y mediados de 1962. Lo he dicho y reconocido siempre con total claridad, sin ninguna vacilación ni duda: en Egipto, en El Cairo, yo me formé definitivamente como profesional del arabismo y como hombre.

Escribí en julio del año 1977, y en un lugar tan alejado y tan nuevo y desconocido además para mí como el emirato de Abu-Dabi, al prolongar mi libro *Ensayos Marginales de Arabismo*: “ Desde hace bastante tiempo estoy convencido de

que el arabismo resulta una profesión- y una dedicación- sugerente, variada y espiritualmente enriquecedora como pocas. Basta sólo con que uno acierte a contemplarlo en todas, o la mayor parte, de sus auténticas posibilidades inherentes de acción y desarrollo: el panorama, entonces, se vuelve sorprendentemente profundo y variado, puede responder a una extraordinaria gama de estímulos , perspectivas y actuaciones. Caben en él, aún, residuos de ese exotismo ambiguo que le caracterizó en parte durante épocas precedentes. Para entenderlo y admitirlo así sólo hace falta, precisamente, que el arabista instale en el arabismo sin alifafes ni prejuicios, lo aborde con la misma profesionalidad y naturalidad que son habituales en otros campos de actividad pareja, que lo realice desde similar postura humanista”.

Esta es la claves: advertir , aceptar y mantener que el arabismo es también un humanismo, una modalidad del humanismo. Ni exagero, ni pretendo con ello entrar en terrenos ajenos y presuntamente vedados- aunque en realidad hayan sido monopolizados abusiva e injustificadamente por muchos-, ni lo expreso tampoco con intención servil y medicante, ancilar. Si no fuera suficiente mi propia y larga experiencia personal, no-consciente, de incubación lenta macerada, para desmostarlo así, haciendo ver que no se trata de ningún capricho eruptivo, de ninguna manifestación frívola e irreflexiva, está el propio objeto en sí: la realidad árabe, las múltiples, polifacéticas, complejas y enormes, tanto en el tiempo como en el espacio, realidades árabes. Es decir, un “otro” incomparable.

Por consiguiente, si afirmo que el arabismo es una modalidad del humanismo se debe a que estoy totalmente convencido de ello. Necesitamos solamente, para admitirlo así, no tener una concepción reduccionista, elitista y anacrónica del humanismo. No se me oculta que como quedan todavía muchas concepciones de ese corte, y aun medios académicos e intelectuales prestigiosos, no pocos se extrañarán de esa afirmación mía: más aún , se escandalizarán. Deberían no hacerlo. Deberían reflexionar sobre ese asunto. Les sería muy útil.

Una de mis lecturas preferidas, junto a la poesía, es la obra de los escritores que no sólo plantean cuestiones históricas sino que , además, piensan sobre la historia. Como Américo Castro, como Arnold Toynbee, como Gamal Hamdán, como Pierre Vilar, como Fernand Braudel, por ejemplo. De la simple mención de estos nombres puede deducirse que no soy partidario precisamente de las limitaciones temáticas,

científicas o ideológicas, que no me aferro a determinadas tendencias, corrientes o escuelas, excluyendo otras que representan visiones, concepciones e interpretaciones no sólo diferentes, sino también contrarias en mayor o menor medida. En su libro *Las ambiciones de la historia* hay un párrafo de Braudel que he conocido recientemente, y que ha constituido para mí una revelación luminosa. Voy a citarlo en su integridad, aunque es algo extenso, y lamentando no poder hacerlo en su original y sí en la traducción que dispongo:

“En realidad, ¿necesitamos hoy una nueva, una tercera palabra, aparte de cultura y civilización, a las que, unas u otras, no queremos convertir en una escala de valores? En esta mitad del siglo XX, necesitamos insidiosamente, como cuando el siglo XVIII se hallaba en su mitad, de una palabra nueva para conjurar peligros y catástrofes posibles, necesitamos manifestar nuestras tenaces esperanzas. Georges Friedmann, y no es el único, nos propone llamarla humanismo moderno. El hombre, la civilización, deben superar el orden de la máquina, e incluso de la maquinaria – la automatización- que amenaza con condenar al hombre a ocios forzados. Un humanismo es una manera de esperar, de querer que los hombres se muestren fraternales entre sí y que las civilizaciones, cada una por su cuenta, y todas juntas, se salven y nos salven. Es aceptar, es desear que las puertas del presente se abran de par en para al futuro, más allá de los fracasos, las decadencias y las catástrofes que predicen extraños profetas (todos los profetas proceden de la literatura negra). El presente no puede ser esta línea de detención que todos los siglos, cargados de eternas tragedias, ven ante sí como un obstáculo, pero que la esperanza de los hombres no deja, desde que hay hombres, de superar”

He dicho que ha constituido para mí una revelación luminosa, y es cierto. Estoy seguro de que yo lo presentía desde hacía ya tiempo, lo guardaba en mi interior más profundo, sin saber expresarlo. Braudel, magistralmente, me lo ha descubierto, lo ha definido. Braudel escribió a finales del siglo XX, y su reflexión es general y universal, pero a mí me parece particularmente adecuada y aplicable al estudio y al sentimiento de lo que ha venido siendo mi objeto preferente de ocupación y preocupación desde hace ya más de medio siglo: el mundo árabe islámico. Quiero decir que ese mundo sólo puede empezar a tener sentido y significado si lo estudiamos y sentimos- insisto en esta doble actitud y manera de aproximación- dotándonos de los postulados, métodos y

objetivos propios de un humanismo moderno. No se deduzca de ello , porque sería un error, que es sólo de necesaria y urgente aplicación al mundo árabe islámico de nuestro tiempo, sino que también ha de aplicarse con la misma necesidad y urgencia del pasado. Que ese pasado , además, incluya el hecho del al-Andalus, la Hispania árabe islámica, sirve para darle más enjundia e importancia. Por último: si el complejo asunto de las relaciones entre Occidente e Islam (formulación claramente asimétrica y contrariamente connotada por lo que respecta a los dos términos en relación) no lo enfocamos y analizamos con criterios de humanismo moderno, los resultados serán rutinarios, inútiles, insatisfactorios, nocivos, y hasta en gran parte catastróficos. Basta con ver lo que está pasando para confirmarlo así.

Para terminar de perfilar esta sucinta introducción al arabismo y a la profesión de arabista, añadiré otra consideración manifiesta y contrastada: el arabismo hispánico tiene sus propias señas distintivas, posee sus caracteres particulares. Pensarlo así no tiene nada que ver con ninguna voluntad de reivindicación de localismo mezquino, ni de chovinismo rancio, ni de patriotismo anacrónico. Ese carácter en parte particular del arabismo hispánico se explica y justifica, se conforma, por su propia naturaleza parcialmente diferenciada, por la especial manera de relación que con el objeto de estudio y sentimiento, la realidad árabe, presenta. Desde el origen de la cuestión , tanto en términos históricos como en términos temáticos y de contenido. Nada de esto contribuye en principio para que resulte mejor ni peor; sencillamente, como digo, lo configura como modalidad parcialmente diferenciada del arabismo.

Yo lo he pensado también siempre así, y con la correspondiente claridad lo he declarado. Voy a tener colación otro testimonio personal asimismo perteneciente a la década de los setenta, durante la cual nuestro arabismo comenzó a meterse ya por evidentes caminos y situaciones de crisis. Escribí en la prensa de la época (diario *Informaciones*, 20 de diciembre del año 1974) un extenso artículo que titulé “ Relaciones hispano-árabes y estudios árabes”, y en uno de sus párrafos decía lo siguiente: “ Todo ello obliga a postular una enseñanza y tratamiento de los temas árabes que alcancen la repercusión social que les corresponde, amplia, polivalente e importancia, y que no quede recluida como hasta ahora , cuando más, en pequeños círculos de tornadizos o de elegantes y displicentes diletantes. Como en muy pocos casos, hay que permitir al arabista el ejercicio de una ineludible labor de clarificación temática, de puntualización técnica diríamos , de sensibilización justa y exacta de la

sociedad española hacia estos temas, facetas de las que hasta ahora carece casi por completo”

Mi visión del arabismo durante aquellos años puede exponerla de forma más amplia y documentada en dos largos ensayos que publiqué en la revista *Almenara*, primera que sobre el mundo árabe- islámico moderno aparecía en España, precursora en realidad de todas las que con posterioridad han ido apareciendo sobre tal temática, que dirigí mientras duró y para la cual conté con un altamente capacitado, entusiasta y esforzado grupo de arabistas jóvenes, la mayoría de ellas y ellos discípulos míos por aquellos años, que pusieron en el ilusionante proyecto tanta generosidad como conocimiento y sentimiento. Entre ellos estaba el profesor Mikel de Espalza, que fue sin duda uno de los más firmes puntales del proyecto. Esos dos artículos se titulaban respectivamente : “ Reflexiones sobre arabismo y función social” (*Almenara*, vols.7-8, verano 1975, pp4-37) que era el texto de una conferencia que yo había pronunciado en el Instituto Egipcio de Estudios Islámicos de Madrid para la clausura del curso académico 1972-3, y “ La repercusión de los problemas del mundo árabe contemporáneo en el intelectual español (1939-1974)” (*Almenara*, vol.10, invierno 1976-77, pp 3-47).

No es ahora el caso de recordar el propósito y el contenido de aquellos ensayos. Sí quiero recordar tan sólo que, como en el principio de ellos declaraba, yo estaba convencido de que el arabismo español atravesaba por entonces un importante momento crítico también desde el punto de vista generacional. El segundo lo terminaba con esta recapitulación final: “ Este es, por tanto, mi desazonador- pero no desesperanzado- ámbito de reflexiones e interrogantes, como español de mi tiempo preocupado en una faceta nada desdeñable desde nuestra cultura. Creo que ya es hora de levantar pues sólido cimiento y no sólo de lujosa apariencia y frágil estructura. Creo que ya es hora de terminar con tanta tesis brillante pero desviada, y sobre todo, no suficiente discutida . Creo que ya es hora de atender más a la “llamada de Córdoba – o Toledo- que a la de Covadonga”. Y estoy seguro de que hacer esto no es más que otra manera de hacer ciencia y de preocuparse por España”

Les aseguro que el recuerdo y la lectura de estos textos tiene un sabor agrisado para mí, y no me resultan gratos ni cómodos en bastantes puntos y aspectos. Entre otros motivos, porque algunos de los análisis, opiniones y valoraciones que entonces hice del

arabismo en España siguen estando vigentes, vuelven a tener una indudable, y en buena medida lamentable, actualidad. Es como si no hubieran pasado más de treinta años, y ésta es una comprobación siempre decepcionante. Pero les aseguro también que todo esto que hasta ahora he expuesto va dicho con su cuenta y razón. No viene por azar, ni es baladí, ni resulta inexplicable; todo lo contrario, tiene su sentido y su significación. Como dije desde el principio, a mí me gusta buscar siempre el sentido y significación de las cosas, y dárseles asimismo a mis planteamientos y actos.

Cuando se haga con la objetividad, el rigor y la documentación necesarios el estudio del desarrollo del arabismo en España durante las últimas décadas, y se tenga la correspondiente visión de conjunto y el conocimiento suficiente del proceso que siguió durante ese tiempo, se comprobará con claridad lo que he adelantado antes: la circunstancia de crisis que volvió durante los años setenta. Algo que, por otra parte, no caracterizó solamente al desarrollo de nuestro arabismo universitario, sino al de toda la universidad española, como reflejo coherente de la situación que atravesaba el propio país por entero. Crisis que significaba ante todo necesidad de cambios. Ciñámonos sin embargo a nuestro objeto de atención aquí: el arabismo.

Yo tuve la oportunidad apasionante de vivir intensamente y muy de cerca esa situación, y creo poder afirmar, sin petulancia ninguna, que me constituí en uno de sus testimonios y testigos principales, de sus protagonistas. Como muestra, basta un botón, una referencia: la creación del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales de la Universidad Autónoma de Madrid, con la licenciatura completa correspondiente y su plan de estudios, a mediados de los setenta. Tengo que reconocer que no me encontré con grandes dificultades ni obstáculos para que así se produjera, que mis esfuerzos e ilusiones encontraron los apoyos y la comprensión necesarios para que el anhelado proyecto, que yo llevaba varios años concibiendo y perfilando, cuajara. Si hubo dificultades y obstáculos grandes, los desconozco sinceramente.

La transición que se fue operando en España durante la década de los años setenta constituyó una experiencia apasionante y crucial, muy dura, incomparable. La universidad fue también escenario de esa experiencia, y escenario privilegiado y único en bastantes aspectos y ocasiones. La coyuntura de crisis y cambios se concretó en movimientos de crecimiento y de expansión. Yo tuve la suerte de vivir plenamente en aquellos tiempos desde el meollo de la responsabilidad de la gestión administrativa y la dirección universitarias, y les aseguro que fueron eso: apasionantes e incomparables. Sobre todo, aprendí muchísimo, porque la institución se me reveló por entero: primero,

como vicedecano y seguidamente decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid , y luego, como Rector de la misma. Tuve el privilegio, el honor y orgullo de ser elegido para el cargo mediante procedimiento de votación democrática ponderada, algo en lo que creíamos y defendíamos muy pocos entonces, y que ahora tiene plena y gustosa aceptación. Adquirí el firme convencimiento de que esta institución singular que es la Universidad pública es cuestión de todos, y de que, para cumplir con la misión que le es propia, debe constituirse en síntesis armónica y siempre interaccionada de tradición e innovación, que la unión de la transmisión de la norma y del ejercicio de la creatividad no es sólo posible sino necesaria, y que con ello la Universidad adquiere su sentido pleno y cumple totalmente con su misión. He creído siempre en ese modelo de Universidad pública, lo he defendido siempre, y sigo creyendo en él y defendiéndolo. Y como creo con firmeza en un modelo similar de arabismo universitario: tradición e innovación en síntesis armónica e interaccionada, unión de la transmisión de la norma y del ejercicio de la creatividad.

Como otras , la Universidad de Alicante, creada a finales del año 1978, es hija de esa época. En ella , el arabismo podía haber sido hecho de varias maneras, confeccionarse mediante diversos patrones y modelos, no adquirir su perfil y entidad propios y definidos, característicos. Tengan ustedes la completa seguridad de que no ha sido así. Este arabismo universitario ha sabido observar, ponderar, elegir y decidir, ha hecho bien las cosas. Quiero decir que responde a ese principio de actuación y de conformación que acabo de mencionar, que ha sabido ir constituyéndose en síntesis armónica e interaccionada de tradición e innovación, unir acertadamente la transmisión de la norma y el ejercicio de la creatividad. Todo esto resulta fácil decirlo, pero muy difícil hacerlo; sencillo como especulación o propuesta teórica, pero muy complicado como realidad práctica y operativa. Y quizá algo más aún en el campo de los estudios árabes e islámicos, no sólo por su particular naturaleza, sino también por la enorme transformación a la que se han visto sometidos a lo largo de las últimas décadas y la muy controvertida dimensión social que han ido adquiriendo. A comienzos de los años ochenta don Emilio García Gómez se planteó la pregunta de qué era “ ser arabista , ayer y hoy” (*ABC*, 22-8-82). Pudo hacerlo entonces empleando esa magistral amalgama de ironía, metáfora, insinuación y alusión que supo acuñar en estilo propio y personalísimo. Tengan ustedes la seguridad de que hoy, más de veinte años después ,

para responder a esa misma pregunta, habría que hacerlo con casi nulo empleo de esos cuatro ingredientes. Y si habría que definirse con claridad.

El arabismo se hace en esta universidad en toda su extensión y con toda intención y propósito: en dimensiones temporales, espaciales, temáticas, de tradicional e innovador, interesado por lo local, lo nacional y lo universal polifacético. Refleja el polifacético objeto de estudio que le es propio: las realidades árabes e islámicas. Los estudios árabes e islámicos demuestran así plenamente que no son confinables en reductos estrechos y anquilosados, como se ha querido irracional y acientíficamente enclaustrarlo. No son sólo lingüística, ni sólo filología, ni sólo historia, ni sólo ciencias sociales; los estudios árabes e islámicos están presentes en todos esos apartados y a todos ellos pertenecen, en todos ellos ocupan lugar propio que les singulariza y que les corresponde. Lo he afirmado desde un principio: el arabismo es una modalidad de humanismo. Entre otras cosas, porque se refiere a la quinta parte de la humanidad, en la actualidad. No querer verlo así, ni aceptarlo así, ni aplicarlo así, oportuna y coherentemente, es ir en contra de la realidad en todas sus facetas y dimensiones; sencillamente, negarla. Y negar la realidad constituye siempre un gran error. Con el arabismo se han cometido muchos errores, no sólo desde fuera de él, sino también desde dentro de sí mismo- lo que parece aún más inexplicable y lamentable- y quizá en la actualidad esté a punto de aplicársele el penúltimo. Seguramente, el peligro que ahora amenaza a nuestro arabismo es el mismo que corre toda actividad humanista, y que constituye y refleja, en el fondo, un gran crisis civilizacional. Pero no es éste el lugar ni es ésta la ocasión de insistir y pormenorizar en esa cuestión, y sí sólo de llamar la atención sobre ella, de advertir y avisar, y por eso lo dejo en este punto.

Ese sólido, espacioso y brillante edificio tiene dos arquitectos consumados, que han sido también espléndidos alarifes. Ellos han sabido poner la piedra y el azulejo, el mármol y el ataurique, la recta y la taracea, el pavimento y el alfarje. Son los catedráticos M^a Jesús Rubiera y Mikel de Epalza Ferrer, en esta tarea también unidos y complementariamente integrados. Conozco a los dos desde hace tiempo, y con ambos mantengo estrechos lazos de amistad, de agradecimiento, de cooperación y de admiración. María Jesús y Mikel han actuado con oportunidad, con entrega, con lucidez y con tino, sabían perfectamente lo que se traían entre manos, lo que tenía que ser el área de estudios árabes e islámicos en la coyuntura del cambio de siglo. Cada uno de ellos, en su campo preferente en cada caso de conocimiento y de especialización, dentro del extensísimo panorama de las disciplinas árabes e islámicas, son un ejemplo

cabal de combinación interaccionada de lo tradicional y de lo innovador, de erudición y buena divulgación, de compromiso con la ciencia y con la conciencia.

Maria Jesús y Mikel han contado también con excelentes colaboradores, han sabido hacerles partícipes del proyecto y encariñarse con él, que se consideren también co-protagonistas del mismo. Tengo la satisfacción de que un número notable de tales colaboradores procedía de la Universidad Autónoma de Madrid, casi todos ellos se licenciaron y todos se doctoraron en nuestra especialidad de Estudios árabes e islámicos. Me van a permitir que les nombre: Marcelino Villegas González (fallecido en el año 1992), Luz Gómez García (trasladada ahora al área de Traducción de esta misma Universidad), Ignacio Gutiérrez de Terán (en la actualidad , profesor en la Autónoma), Ana Planet (en la actualidad en excedencia) , Ignacio Álvarez Osorio, Javier Barreda y Cristina García. En la medida de mis posibilidades, contribuí a su formación de arabistas y les tengo cariño. A Luz Gómez García y a Ignacio Gutiérrez de Terán , además les dirigí sus correspondientes tesis doctorales, y a Javier Barreda se la dirijo actualmente. Si lo aceptan, yo afirmarí con orgullo y afecto que son discípulos míos. Me van a permitir ustedes también que dedique un emocionado recuerdo particular a Marcelino Villegas, para cuya incorporación a la Universidad Complutense al principio de su carrera docente intervine muy directamente, a quien dirigí también la tesis doctoral, que era un excelente conocedor de la narrativa contemporánea en lengua árabe, en cuyo tribunal de oposición para proveer una plaza de profesor titular en esta Universidad participé como vocal, personalidad singular que dejó, al fallecer, un también singular vacío entre todos nosotros.

A otros miembros del Área he ido conociéndolos de manera y en ocasión diversas. Con anterioridad, en Madrid, a Jesús Zanón- también actualmente trasladado al Area de Traducción- a Margarita Lachica y el recordado José Valdivia- ya jubilados- , a Fernando Ramos – desde Sevilla- y, con posterioridad, a José Francisco Cutillas, Hany al- Iryan, Víctor Pallejà, Mustaa Jarmuni, Laura Mijares. Quiero hacer una especial mención a Eva Lapiedra, de Luis Fernando Bernabé Pons y de Francisco Franco Sánchez, con quienes he tenido un trato más mantenido y familiar y cuyas consideraciones con mi persona y mi obra no olvido y agradezco profundamente. Con este último es seguramente con quien he tenido una comunicación personal más estrecha y duradera, que ha tenido mucho que ver con diversas circunstancias académicas y profesionales, de gestión universitaria- que él cumple siempre con tanta

capacidad como habilidad- y en cuyo tribunal de oposición para provisión de titularidad participé también como vocal.

Como queda dicho : de todos los miembros que forman parte, o formaron en su tiempo, de esta Área de Estudios Árabes, - que ha cumplido ya los doce años de existencia-, no he recibido sino constantes muestras de afecto, de apoyo y de consideración. Ellas y ellos saben muy bien que les correspondo con los mismos sentimientos, entrañablemente acrecentados ahora con mi más sincero y profundo agradecimiento. Como he dicho, siempre he estado muy cerca de las actividades que en el Área y Licenciatura se desarrollaban porque me ha parecido que, en todo momento, estaban bien concebidas y aplicadas, que estaban en consonancia con la concepción que yo tengo del arabismo y le hacían una excelente servicio a éste en su circunstancia actual, respondían adecuadamente a los desafíos y compromisos a los que ha de hacer frente. Tanto en los programas curriculares como en las actividades paralelas y de ampliación: las jornadas, encuentros , mesas redondas en que he sido invitado a participar, y de manera especial en los Cursos de verano “ Rafael Altarmira”. Tened la completa seguridad , queridos amigos y apreciados colegas, de que mi disposición para trabajar juntos y cooperar en todo aquello que estiméis oportuno encuentra, a partir de ahora, nuevos y mayores estímulos y acicates

Para un madrileño de ciudadanía, gustosa, como soy yo- aunque no de nacimiento, pues soy natural de Andalucía, y también me siento muy a gusto con mi origen andaluz- para un ciudadano madrileño, como decía tener sus primeras sensaciones y vivencias familiares mediterráneas, profundas, entrañables, duraderas, en tierras de Alicante, resulta totalmente lógico y normal. En estos momentos de íntima satisfacción y gozo para mí, permitidme que acompañe la solemnidad del acto académico con algún que otro emocionado recuerdo personal. Yo no puedo olvidar, por ejemplo, los muchos periodos de vacación estival que pasé con mi familia en la playa de San Juan, las horas y horas que pasé jugando allá con mis hijos, Sergio, Pedro Antonio y Rosa Isabel , o contemplando “ la cochinilla”, el trenecillo que transitaba entre bosquetos y plantaciones, o siendo testigo de la emoción que experimentaba Mercedes, mi mujer, cuando pasaba por el edificio en donde ella se había alojado muchas veces, de niña y de joven, cuando veraneaba también allí con sus padres: un chalet llamado “ de las madrileñas”. Ni puedo olvidar las muchas horas también que , años después, he pasado

jugando con mis nietos, Blanca y Sergio, en las playas de Torrevieja y de la Mata . Ni la alegría desbordante que siento ahora cuando hablo por teléfono con mi hija Natalia, vecina de Torrevieja. O el palpito que sentí al pasear por el barrio de Miguel Hernández.

Alicante significa para mí algo muy familiar, compañero y entrañable, como os decía. Alicante, como representación sugerente de un Sureste peninsular, de un Sureste ibérico que no constituye ninguna realidad administrativa, pero que sí siento yo como una cálida realidad personal. Esa “ala rota del al-Andalus”, como la definió un importante historiador e hispanista egipcio, Husain Mones, que fue también uno de mis maestros. Ese *Sharq al-Andalus*- esa Anarquía de al-Andalus, en versión totalmente correcta , aunque mínimamente forzada en el aspecto estrictamente lingüístico – que es también el acertadísimo nombre de la excelente revista que publica el Area de estudios árabes e islámicos de esta Universidad. Alicante, atalaya del Mediterráneo, que es uno de mis motivos hondos y permanentes de vivencia y reflexión. Entre otras razones, porque es el espacio que compartimos también con los árabes.

Pertenecer al claustro de esta Universidad de Alicante supone para mí el mismo honor y exigencia que pertenecer al claustro de mi Universidad , la Autónoma de Madrid , en donde he desarrollado casi toda mi actividad docente, investigadora y directiva, y que me distingue desde hace pocos años con el encargo de profesor emérito. O como pertenecer también , como doctor honoris causa, al claustro de la Universidad de Jaén, mi tierra natal. Porque la Universidad es, para mí, una Casa única , con diferentes aposentos de igual valor y dignidad. Soy muy consciente de que vosotros ahora me concedéis, apreciadísimos colegas, un honor quizá excesivo , y que es prueba sobre todo de vuestra generosidad. Lo debo a la generosidad también, al cariño, a la diligencia y a la acertada gestión de mis amigos y colegas arabistas, que tomaron la iniciativa. Y a la comprensión y la generosidad, repito, de todos vosotros y vosotras, de todos vuestros organismos de gobierno. Al concluir, permitidme que personalice mi agradecimiento en dos distinguidos profesores, el excelentísimo señor Ignacio Jiménez Raneda, Rector magnífico de esta Universidad, y el excelentísimo señor Roque Moreno Fonseret, Vicerrector de Relaciones Institucionales y Cooperación Internacional. Estoy plenamente seguro de que con ellos mantendré la cordial y fluida relación que siempre he tenido con los sucesivos equipos rectorales que han dirigido esta universidad, y con

los Rectores que los encabezaban. Sabed que en mí tendréis un compañero siempre leal y bien dispuesto.

A todas y a todos, muchas gracias, moltes gracies, xukran yacilan, y assalamu alaikum, la paz sea con vosotros, la pau amb vosaltres.

